

Cuando fuimos a San José rematando una gira de conferencias por las Universidades Centroamericanas en 1964, se nos brindó la oportunidad de tratar a un distinguido catedrático, el doctor Constantino Láscaris C., con quien alternaríamos en un cambio de impresiones acompañando al rector Monge Alfaro y al doctor Teodoro Olarte —pasó por los canales de Radio Universidad— del cual algún día hablaremos. Pero ahora queremos referirnos a Láscaris, acucioso investigador que publicó en 1964, bajo el rubro de "Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Costa Rica" nutrido volumen, de 631 páginas, cuidadosamente impreso por la Editorial Costa Rica. Nuestro hombre, de nacionalidad española —aunque lleva ya unos 10 años de residir en el culto ambiente josefino tiene en preparación *Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Centro América* obra de oportunidad indudable, pues en el Istmo no nos conocemos, si bien algunos quieren integrarnos mediante el cómodo procedimiento de pasarse unos cuantos días en paseos y coloquios, siempre a costa de don presupuesto desde luego. Si llega a dar cima a ese libro anunciado a través de la documentación y juicio usados en el primero, pronto contaríamos con un material valiosísimo para ir captando el pensamiento de la filosofía centroamericana, porque varios exponentes de ella han surgido, pese a que los retrógrados y extranjerizantes lo nieguen, dispuestos a concederle ese rango a cualquier medianía cuyo nombre y apellidos sean difíciles de escribir y peor para pronunciar.

No sería posible en los cortos límites de este comentario glosar el extenso y valioso panorama ofrecido por Láscaris, desde los años de gracia en que José Liendo y Goicoechea impartía su cátedra sobre Escoto, y al par introdujo las ciencias experimentales en el medio de la Universidad de San Carlos hasta la organización de la actual Universidad de Costa Rica en cuanto a la enseñanza de la filosofía, donde, sin alharacas ni exigencias presupuestarias desmesuradas, encuéntrase originalidad y trabajo, no el pobre marxleninismo de cuarta o quinta fila, típico de tantos pseudohumanistas a soldada, que padecemos en El Salvador, dado que algunos de los llamados camaradas, como no entienden más que su larvado repertorio de lugares comunes, marxleninianos, apenas balbucean a los grandes de la filosofía, afanados en politiquear tras de puestos más jugosos o incapaces de escribir algo, cual si padecieran alergia incurable a la palabra que queda en el artículo o en el libro.

Muchos nombres de alto significado captamos en las Secciones (IV) muy amplias por cierto mediante las cuales Láscaris distribuye su labor: Lorenzo Montúfar, Nicolás Gallegos entre los liberales ilustrados; Juan de Dios Trejos y Domingo Rivas, entre los doctrinarios católicos; Máximo Jerez y Antonio Zambrana como positivistas; José María Céspedes y Salvador Jiménez, krausistas. Dentro del anarquismo —y ahí el tema principal de estas líneas— nada menos que Alberto Masferrer encabezando a cuatro: Elías Jiménez Rojas, Joaquín García Monge y Omar Dengo. En la línea liberal Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, bien rodeados desde luego. Víctor Sanabria

(1) *La Prensa Gráfica* (San Salvador, 18 mayo 1966 y fechas SS).

y Rafael Angel Calderón Guardia en el socialcristianismo. José Figueres y Rodrigo Facio afiliados al socialstatismo. El solidarismo de Alberto Martén y el marxismo de Manuel Mora; éste sigue en la brega, porque no es de las magdalenas arrepentidas. Roberto Brenes Mesén, Moisés Vincenzi y Abelardo Bonilla, cultivadores de la filosofía general. La Neoscolástica con Claudio María y Jorge Volio. Rómulo Tovar y Mario Sancho en la Filosofía Social. Víctor Brenes y Pablo Luros, moralistas. En la estética Rogelio Sotela, Max Jiménez —y recordamos aquellas páginas escritas en *A lo largo del corto Camino* por Yolanda Oreamuno— y Alfredo Cardona, el laureado poeta que nos prestara en la ya lejana juventud unas páginas de Omar Dengo, cuando estudiaba aquí el bachillerato. Fernando Centeno Güell y Manuel Picado, en filosofía poética. Clodomiro Picado y Antonio Balli, teóricos de la ciencia. Carlos José Gutiérrez con su filosofía del Derecho. Mariano Coronado y Lilia Ramos, psicólogos. Emma Gamboa e Isaac Felipe Azofeifa en filosofía de la educación... Pedimos cumplida disculpa a los omitidos que sí aparecen en el catálogo de Láscaris, pues nos limitamos a aquellos que conocemos o nos traen reminiscencias o incitaciones. Y tal vez al leer esto, numerosos salvadoreños salgan de la errónea creencia de que en Costa Rica preponderan los que ellos consideran despectivamente y sin razón, simples "profesores normalistas", cuando hay allá copiosa labor filosófica, y en cambio, entre nosotros medran prestigios tristemente apoyados en una escuálida tesis profesional premiada por híbrida coalición de ignorancia y oportunismo, mas sus autores permanecen después años y años en incurable mudez mental, aunque propagandeados por quienes confunden literatura con ciencia, o verbalismo con filosofía.

La cita de "Alberto Masferrer en Costa Rica" nos llamó de inmediato la atención. Está de primero enfilado dentro del anarquismo a tono con Láscaris: "Ya en el siglo XIX se hicieron presentes en Costa Rica las ideas anarquistas de manera clara. Zambrana y Masferrer las dieron a conocer y Elías Jiménez, aunque lo estudiamos en el XX, las siguió en el XIX. Pero es de señalar una característica peculiar del anarquismo en Costa Rica: su pacifismo. Los anarquistas que vamos a encontrar fueron todos ellos hombres rectos, desinteresados, embebidos de sentido social, hombres convencidos de la bondad natural del hombre" (p. 249).

Por otro lado, agrega: "El salvadoreño Alberto Masferrer (1867-1932), en su recorrido centroamericano, pasó por Costa Rica donde fundó el *Diario de Costa Rica* en 1885. Pero además de esta estancia, su influencia fue grande a través de sus libros". Y cita a Rogelio Sotela: "A él se le puede dar un calificativo, un atributo singular, un nombre que hace tiempo no puede sonar: el de Apóstol. Esto fue el Maestro querido: un Apóstol del idealismo" (1).

Láscaris remató: "Varios de sus libros fueron publicados en Costa Rica, y muy leídos. Su ideología puede verse concentrada en la siguiente frase: "Las palabras soberanía, independencia, autonomía carecen de sentido para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos". Y claro que se ponía de parte de los mendigos" (p. 251-52).

Publicó el maestro Masferrer en la patria de Juan Santamaría: "*En Costa Rica*" (1900), *Las Niñerías* (1916), *Una Vida en el Cine*, (Ed. García Monge, 1922), *Pensamientos y Formas. Notas de Viaje* (misma Edit., 1921). Omar Dengo le dedicó "Palabras sobre Don Alberto Masferrer", *La Tribuna*, No. 189, 1920; y Rogelio Sotela, *Carta...* (1933, *En torno a Masferrer*, San Salvador, 1956).

Dejaremos para un segundo artículo el calificativo que nos mueve a escribir estas cuartillas: ¿Fue anarquista Alberto Masferrer?, extremo un tanto alarmante, pese a que Láscaris le añade la nota de pacifismo. Cuando allá por el 1º de marzo de 1945 escribimos un trabajo en su nombre, publicado en "Letras de México", distin-

(1) El doctor Juan Felipe Toruño, tan exacto en sus fechas, menciona en "Desarrollo Literario de El Salvador": "El Caso de Masferrer. Alberto Masferrer (1868-1932). Perteneció a tres generaciones y se sobrepuso a ellas; pero la de él, por la coetaneidad, fue la que salió del 1890 al 900 y al 10" (p. 337).

guiendo su cosmogonía de su sociología, de "Las Siete Cuerdas de la Lira al Mínium Vital", no se nos pasó por la mente tal connotación que conectaría a Masferrer con Calicles y Trasímaco en el anarquismo antiguo, o con Stirner en el moderno. Ya habrá tiempo para resolver tal antinomia.

— II —

La connotación pacifista para atemperar un tanto el mote alarmante de ser don Alberto anarquista, a la usanza de los grupos chilenos de la antepasada generación, deja en pie la duda sobre lo substantivo. ¿Fue Masferrer partidario de Stirner con su tendencia individualista o de Kropotkin o Bakunin, del pintoresco noble al combatiente de Marx en la organización de la II Internacional, mejor llamada la espuria por los "ortodoxos"?

Tanto el autor solitario de "El Unico y Su Propiedad", libro que nos trae a Calicles y Trasímaco, aquellos polemistas del "Gorgias" defendiendo su superhombre, siglos antes de Nietzsche, ante la acerada argumentación socrática, cual los dos rusos mencionados, ostentan en común el más absoluto repudio a las normas sociales, éticas o jurídicas, porque el anarquismo se enfrenta, no sólo al Estado, sino también a la sociedad. Que los individualistas vayan al elogio del hombre en lucha contra los prejuicios de sus semejantes y el socialista sueñe con una colectividad perfecta, donde cada uno tenga lo que es suyo —por repetir el adagio romano— nada quita a la actitud característica.

Oigamos los denuestos de Miguel Bakunin, el de "Dios y El Estado", al iniciar lo que Eliseo Reclus comprendería como "un largo fragmento de carta o relato", y algo de ello flamea en esas páginas incendiarias: "Tres elementos o tres principios fundamentales constituyen las condiciones propias de todo desarrollo humano, colectivo o individual, en la historia: 1º—La animalidad humana; 2º—El pensamiento, y 3º—La rebelión. A la primera corresponde propiamente la economía social y privada; la ciencia al segundo, y la libertad, a la tercera" (p. 13). Y desde luego a aquel barbado beligerante que declaraba, ante la estupefacción de los burgueses, teólogos o metafísicos: "todo lo existente en el mundo, no es otra cosa que un producto de la vil materia", se interesó vehementemente por la revuelta y por la ciencia. Esto fuera definitivo en semejante agitador, de los verdaderos, nunca esas imitaciones que padecemos, pobres burócratas del segundo presupuesto que han dejado la lucha de clases sustituyéndola con la lucha por las clases, a quince pesos hora desde pronto.

Hemos dicho en artículo anterior que el pensamiento masferreriano se abre en dos fecundas vertientes: su Cosmogonía, contenida en "Las Siete Cuerdas de la Lira" y su Sociología. Masferrer cumple en las primeras como un espiritualista convencido y confeso, a tenor de sus propias palabras: "Según la pureza de tus ojos, así verás. ¿Enalteció tu entendimiento y purificó tu corazón? Entonces, era verdad" (Editorial "Casa de América", México D. F. p. 13). Jamás se alcanzará el mensaje social del cuzcatleco en perenne lucha contra la mediocridad aplastante del medio —y todavía pesa en este 1966— sin conocer cómo "nuestro saber es como la sombra de una nube que el viento arrebat. Que si alzamos los ojos, ya no hay nube; si los bajamos, ya no hay sombra."

"Las Siete Cuerdas de la Lira", por encima de críticos a la violeta, representa en estos ambientes tropicales en que lo mejor —a tono con los Sanchos del municipio— consiste en no hacer nada, un libro filosófico y poético; ya sabemos, con o sin Heidegger, cuánto en los verdaderos aedas palpita una honda y definitiva entraña. Cabe tal cordaje, entre datos orientalistas y modernos, flota, radical y angustiosamente, el misterio de la divinidad. Nuestro Alberto —nunca el de los materialistas, postrados ante Lenin o Stalin pasando por Mao— de cara al Universo pretende sorprender sus arcanos y para ello aborda las cosas de una manera exhaustiva, empujando el dilatado camino que conduce a los orígenes, en pos de las grandes iluminaciones:

“Nada es aquella substancia única y total que llenaba el abismo antes de que fueran los mundos”. En esa nada —acotamos— concebida metafísicamente al viso de Kierkegaard y no mera negación del ser, nacen bajo el influjo de Dios dos fuerzas antagónicas; una constructiva, que trata de multiplicarse, y otra, unitaria, buscando la integridad plena. Aquella tiende a la movilidad. Esta a la quietud. La dualidad expuesta —recordemos al Zoroastro auténtico, no al nietzscheano vociferante— integra el caos. Pero éste, gracias a esa doble influencia energética, deviene en Cosmos. De lo heterogéneo vamos a lo homogéneo, por emplear el lenguaje spenceriano, caro a don Mariano H. Cornejo en su “Sociología General”, obra admirable pero del siglo pasado, y así supe desde 1945 eliminarla como texto en la que fuera Facultad de Jurisprudencia —muy antes de la pedestrería maostalinista, reinante hoy— hasta escribir “Datos de Sociología”, que todavía permanecen sin adversario, pues los llamados sociólogos de la antipatria permanecen incurablemente inéditos.

El Cosmos —pregona Masferrer— florece en 7 manifestaciones esenciales: Tierra, Agua, Aire, Fuego, Energía, Atracción y Luz. Estos fluidos son formas de movimiento, vibrar etéreo. Así concibe “las Siete Cuerdas de la Lira Divina en la cual un artista supremo tañe la sinfonía del Universo.”

Lo anterior rememora un tanto a los presocráticos, tan diestramente sintetizados por Empédocles de Agrigento al ofrecernos su teoría de los cuatro elementos, puestos a maravilla en la cúpula del Hospicio Cabañas, capilla sixtina de América, por José Clemente Orozco de Guadalajara, la Perla de Jalisco; Masferrer hace reflexión cósmica y poesía trascendente, proclive a signos asiáticos, tales llegaron a Atenas bajo la avizorante mirada de Pitágoras, más ritmo que número. Y ese intento de explicar al mundo —de caos a Cosmos— nada tiene ni tendrá que ver con ningún materialismo originado o larvado, precisamente por su intocada espiritualidad.

La cosmogonía masferreriana analizada a fondo, no en las interjecciones de los retóricos que apenas tartamudean al salvadoreño de las rebeldías, incansable lapidador de los figurones que sufrimos por inercia, por abulia, por cobardía, la cosmogonía masferreriana —repetimos— en vez de quedarse en un esquema cosista lleva al hombre como problema, angustia iluminada clara cierta vez González y Contreras refiriéndose a esa antorcha mental.

¿Puede ser anarquista o materialista alguien así? Y previo a exponer su antropología filosófica que nuestro intuitivo de estirpe, escribió tal vez sin saberlo, dejarnos probado que el del Mínium Vital nunca se alinearía entre los repudiadores de toda norma, cuando él las estaba formulando y para alto nivel, cual salmodian los tecnócratas actuales. Y su parasociología procede de aquel meditar originario. Nada más pero tampoco nada menos.

— III —

Entre nosotros, stalinistas o trozkystas desorientados u obedientes a las consignas de sus amos, soviético o chino, pretenden apropiarse de Masferrer para seguir en su prédica criminal. Jamás han justificado esa maniobra limitándose a amparar con el nombre del maestro sus griterías, como no podrán decirnos por qué atacan a los Próceres, ya que esto último apenas constituye parte de los “trabajos” encargados por el partido a algún kamarada otrora expulsado por felón a sueldo fijo. Pero volvamos a Masferrer, dejando a los homúnculos en sus mesas redondas prefabricadas, incapaces de sostener lo que pregonan más allá del grupillo ignorante y aplaudidor, en el cual no faltan renegados de la Iglesia.

Concebimos la forma del hombre —aclara la prosa sin par— y la de todo ser viviente compuesta por el Cuerpo o substancia material, por el Alma o substancia anímica y por la Mente o substancia lumínica. El primero es lo sensible, lo empírico. La segunda implica una aspiración, un transformarse. La tercera alumbraba intelectualmente hablando. Así el pensador cuzcatleco concentró en el hombre las facetas del Universo. O sea: de la Cosmogonía a la Antropología Filosófica, cumpliendo urgentes

imperativos históricos, no histéricos. Tal ocupó su sitio entre los irrequietos: Unamuno, apoyándose en la tragedia de lo vivido mientras Ortega se autoconstruía —y aquí tiene tantos imitadores— su propio monumento. Scheler desde las alturas de su saber eidético. Kierkegaard, angustia teológica cabe el pecado original. Heidegger bregando con su inacabable nadología... Masferrer está en medio de los atormentados, con algo de Iván y mucho de Aliocha, aquellos Karamazov. Mal haríamos en situarlo bajo la férula de los neohegelianos de izquierda, de Marx a Engels, de Lenin a Stalin, porque Khrushchev y los pálidos burócratas del Kremlin hoy emergen adocrinarios y en ello les gana la partida Mao.

La sociología masferreriana es también espiritualista, no fruto de materialismos dialécticos. Preocupado noblemente por las clases humildes plantea el maestro su "mínimum vital", que conceptúa: "La satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales", postulado básico desenvuelto en dos órdenes: derecho para el necesitado; deber para el poderoso. Derecho de vivir para el primero. Límite del atesorar para el segundo. Todo sin amarguras, sin resentimientos, sin lucha de clases ni del proletariado, sin barbas ni metralletas.

La tesis no resulta única, dado el repertorio doctrinario, pero el maestro la presenta con renovado impulso: "El Estado, la Comuna, tiene como finalidad y obligación primarias, trabajar ante todo para que las necesidades vitales sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país". Se esboza allí lo que técnicamente llamamos derecho al trabajo, no derecho del trabajo. En tal sentido, el vitalismo masferreriano, cuyo origen fue cosmogónico —recuérdense las *Siete Cuerdas de la Lira*— surgió ostentando indudable eficacia social.

A veces adquiere tonalidades humanitarias de especial relieve: "Tratándose del niño, asegurarle el *mínimum vital* es apenas devolverle el centésimo de lo que es suyo". Aquí tenemos al educador nato, no pedagogo por soldada, cuyas expresiones de auténtica justicia colectiva alarmaron a los panurgos, abundantes en nuestras latitudes:

"El obrero que da su trabajo: palabra que expresa brevemente este hecho complicado e inconmensurable: dar a cada uno la vida acumulada en sí". El trabajador, obrero o campesino, debe gozar antes que nadie del *mínimum vital* anhelado, no por maostalinismos importados, sino simple y sencillamente, porque hay que hacerle justicia. De esas directrices los fariseos sacaron que Masferrer era comunista y los que sí lo son han contribuido a dicha farsa pugnando por usufructuar su prestigio y valiéndose de su mensaje para cubrir sus pobreza mentales o hinchar el bolsillo, pues los kamaradas que padecemos son prácticos y medran cuanto pueden del segundo presupuesto, bebiendo buen whisky y paseando en Mercedes-Benz, cual los soviéticos con sus dachas y sus temporadas de veraneo en tierras georgianas.

Masferrer vivió y murió pobre. Nunca hubiese bajado la cabeza ante las estúpidas consignas del partido comunista, ahito de tarados o genuflexos. Su sociología fue de liberación y armonía, espiritualizada, no digestiva como la de los mentores aburguesados de la ex-Alma Máter en alianza con democretinos, no democristianos. El maestro queda por encima de turbias maquinaciones presupuestívoras, de mediocres insuficientes para escribir siquiera una pasable semblanza de quien se llamó Agustín Farabundo Martí, al servicio de una ideología falsa, mas siendo, él mismo, digno de análisis, cual lo sería Alberto Masferrer, infinitamente superiores a estas medianías que siguen la paranoia de un mediquillo fracasado por llenarse el estómago, atentos a su pitanza.

Lo repetimos: la doctrina no aparece novedosa en su fondo, pero es suyo el impacto, tal fuerza persuasiva, su anhelo de superación. El maestro intentando volvernos menos injustos, expresó su manera de sentir. Nada tiene esto de anarquista —y le pedimos disculpa a Láscaris, autor del magnífico panorama de las ideas filosóficas en Costa Rica— y menos de comunista, aunque los rojinegros insistan en querer robárnoslo.

Restan otras facetas, muchísimas por cierto, en el cosmos del egregio salvadoreño. La serenidad admirable de su palabra, casi siempre en prosa. Nos relata

hasta dónde se resistió a publicar la mayoría de sus versos —así detallo en "Gavidia, Amigo de Darío", dentro del segundo tomo por aparecer, si se apura Luis Aparicio— poemas, donde encontraremos múltiples piedras preciosas . . . Don Alberto se expresó a través de una "sinceridad íntima, callada y humilde", señal para Rilke y para nosotros de los aedas verdaderos no esas imitaciones inaguantables, expectorando incongruencias en renglones cortos, sin ilación, ni ortografía. Aquellas narraciones del terruño —¿quién las rescatará de nuestras hemerotecas?— con olor a trópico —¿verdad, Arturo Ambrogi?— e impregnadas de campo, de paisaje, de luz. Las dolorosas imprecaciones del dinero maldito. Los flamígeros editoriales de Patria. Allí hay también otro sendero: "Ojos limpios requiere la Verdad. Y puesto que la mente anda enlazada con el alma y el cuerpo en unión íntima y perenne, si el alma y el cuerpo van recargados de impurezas, la visión mental resultará escasa, turbia y vacilante. Según la pureza de tus ojos, así verás".

Masferrer, sediento de eternidad, era espiritualista —pone alma antes que cuerpo en el párrafo citado— y jamás anduvo por más que sus avatares fueron muchos, entre el fango de las células subversivas. Los kamaradas le abandonaron cuando ya no pudieron explotarlo. Ahora lo tienen perdido irremisiblemente, si bien en sus panfletos apelen siempre al luchador que no supieron secundar.

El Dr. JOSE SALVADOR GUANDIQUE, salvadoreño, estudió en México, donde también ha sido profesor, además de en El Salvador. En Sociología y Filosofía es uno de los pensadores centroamericanos más destacados por sus publicaciones.